

## CAPITULO CLXVI.

Cómo los que quedamos poblados en Guacacualco siempre andábamos pacificando las provincias que se nos alzaban, y cómo Cortés mandó al capitán Luis Marin que fuese á conquistar é á pacificar la provincia de Chiapa, y me mandó que fuese con él, y á fray Juan de las Varillas, el pariente de Zuazo, fraile mercenario, y lo que en la pacificación pasó.

Pues como estábamos poblados en aquella villa de Guacacualco muchos conquistadores viejos y personas de calidad, y teníamos grandes términos repartidos entre nosotros, que era la misma provincia de Guacacualco é Citta, é lo de Tabasco é Cimatan é Chotalpa, y en las sierras arriba lo de Cachula é Zoque é Quilenes, hasta Cinacatan, é Chamula, é la ciudad de Chiapa de los indios, y Papanastla é Pinula, y hácia la banda de Méjico la provincia de Xaltepeque y Guazpaltepeque é Chinanta é Tepeca, y otros pueblos, y como al principio todas las provincias que había en la Nueva-España las mas dellas se alzaban cuando les pedian tributo, y aun mataban á sus encomenderos, y á los españoles que podían tomar á su salvo los acapillaban, así nos aconteció en aquella villa, que casi no quedó provincia que todos no se nos rebelaron; y á esta causa siempre andamos de pueblo en pueblo con una capitania, atrayéndolos de paz; y cómo los de Cimatan no querian venir de paz á la villa ni obedecer su mandamiento, acordó el capitán Luis Marin que por no enviar capitania de muchos soldados contra ellos, que fuésemos cuatro vecinos á los traer de paz; yo fui el uno dellos, y los demás se llamaban Rodrigo de Enao, natural de Avila, y un Francisco Martín, medio vizcaíno, y el otro se decía Francisco Jimenez, natural de Ingujuela de Extremadura; y lo que nos mandó el capitán fué, que buenamente y con amor los llamásemos de paz, y que no les dijésemos palabras de que se enojasen; é yendo que íbamos á su provincia, que son las poblaciones entre grandes ciénagas y caudalosos rios, é ya que llegábamos á dos leguas de su pueblo, les enviamos mensajeros á decir cómo íbamos, y la respuesta que dieron fué, que salen á nosotros tres escuadrones de flecheros y lanceros, que á la primera refriega mataron dos de nuestros compañeros, é á mí me dieron la primera herida de un flechazo en la garganta, que con la sangre que me salia, é en aquel tiempo no podía apretallo ni tomar la sangre, estuvo mi vida en harto peligro; pues el otro mi compañero que estaba por herir, que era el Francisco Martín, puesto que yo y él siempre hacíamos cara é heriamos algunos contrarios, acordó de tomar las de Villadiego y acogerse á unas canoas que estaban cabe un rio que se decía Macapa; y como yo quedaba solo y mal herido, porque no me acabasen de matar, é sin sentido é poco acuerdo, me metí entre unos matorrales, y volviendo en mí, con fuerte corazón dije: «¡Oh, valgame nuestra Señora! ¿Si es verdad que tengo que morir hoy en poder destes perros? Y tomé tal esfuerzo, que salgo de las matas y rompo por los indios, que á buenas cuchilladas y estocadas me dieron lugar que saliese de entre ellos; y aunque me tornaron á herir, fui á las canoas, donde estaba ya mi compañero Francisco Martín con cuatro indios amigos, que eran los que habíamos traído con nosotros, que nos llevaban el hato; que estos indios, cuando estábamos peleando con los

cimatecas, dejando las cargas, se acogen al rio en las canoas; y lo que nos dió la vida á mí y Francisco Martín fué, que los contrarios se embarazaron en robar nuestra ropa y petacas. Dejemos de hablar en esto, y digamos que Dios fué servido escaparnos de no morir allí, y en las canoas pasamos aquel rio, que es muy grande é hondo, é hay en él muchos lagartos; y porque no nos siguiesen los cimatecas, que así se llaman, estuvimos ocho dias por los montes, y dende pocos dias se supo en Guacacualco esta nueva, y dijeron los indios que habíamos traído, que llevaron la misma nueva, que todos los cuatro indios que quedaron en las canoas, como dicho tengo, que éramos muertos; y estos, de que nos vieron heridos é los dos muertos, se fueron huyendo y nos dejaron en la pelea, y en pocos dias llegaron á Guacacualco; y como no parecíamos ni había nueva de nosotros, creyeron que éramos muertos, como los indios dijeron; y como era costumbre de Indias y en aquella sazón se usaba, ya había repartido el capitán Luis Marin en otros conquistadores nuestros pueblos, hecho mensajeros á Cortés para enviar las cédulas de encomienda, y aun vendido nuestras haciendas, y al cabo de veinte y tres dias aportamos á la villa; de lo cual se holgaron nuestros amigos, mas á quien les había dado nuestros indios les pesó; y viendo el capitán Luis Marin que no podíamos apaciguar aquellas provincias, y mataban muchos de nuestros soldados, acordó de ir á Méjico á demandar á Cortés mas soldados y socorro y pertrechos de guerra, y mandó que entre tanto que iba no saliésemos de la villa ningunos vecinos á los pueblos léjos, si no fuese á los que estaban cuatro ó cinco leguas de allí, para traer comidas. Pues llegado á Méjico, dió cuenta á Cortés de todo lo acaecido, y entonces le mandó que volviese á Guacacualco, y envió con él treinta soldados, y entre ellos á un Alonso de Grado, por mí muchas veces nombrado; á fray Juan de las Varillas, que había venido con Zuazo, que era gran estudiante, que solia decir había estudiado en su colegio de la Veracruz de Salamanca, de donde era, y decian que de muy noble linaje; y le mandó que con todos los vecinos que estábamos en la villa y los soldados que traía consigo fuésemos á la provincia de Chiapa, que estaba de guerra, que la pacificásemos y poblásemos una villa; y como el capitán Luis Marin vino con estos despachos, nos apercebimos todos, así los que estábamos allí poblados como los que traían de nuevo, y comenzamos á abrir caminos, porque eran montes y ciénagas muy malas, y echábamos en ellas maderos y ramos para poder pasar los caballos, y con gran trabajo fuimos á salir á un pueblo que se dice Tezpuntlan, que hasta entonces por el rio arriba soliamos ir en canoas, que no había otro camino abierto; y dende aquel pueblo fuimos á otro pueblo la sierra arriba, que se dice Cachula; y para que bien se entienda, este Cachula es en la provincia de Chiapa; y esto digo porque está otro pueblo del mismo nombre junto á la Puebla de los Angeles; y dende Cachula fuimos á otros pueblezuelos sujetos al mismo Cachula, y fuimos abriendo camino nuevo el rio arriba, que venían de la población de Chiapa, porque no había camino ninguno, y todos los rededores que estaban poblados habían grande miedo á los chiapanecas, porque cierta-

mente eran en aquel tiempo los mayores guerreros que yo había visto en toda la Nueva-España, aunque entren entre ellos los tlascaltecas ni mejicanos ni zapotecas ni mingues; y esto digo porque jamás Méjico los pudo señorear, porque en aquella sazón era aquella provincia muy poblada, y los naturales della eran en gran manera belicosos y daban guerra á sus comarcas, que eran los de Cinacatan y á todos los pueblos de la laguna quilenayas, asimismo á los pueblos que se dicen los zoques, y robaban y cautivaban á la continua á otros pueblezuelos donde podían hacer presa, y con los que dellos mataban hacían sacrificios y hartazgas; y demás desto, en los caminos de Teguntepeque tenían en pasos malos puestos guerreros para saltar á los indios mercaderes que trataban de una provincia á otra; y á esta causa dejaban algunas veces de tratar las unas provincias con las otras, y aun habían traído por fuerza á otros pueblos y hécholes poblar y estar junto á Chiapa, y los tenían por esclavos y con ellos hacían sus sementeras. Volvamos á nuestro camino, que fuimos el rio arriba hácia su ciudad, y era por cuaremas año de 1524, y esto de los años no me acuerdo bien; y antes de llegar á Chiapa se hizo alarde de todos los de á caballo, escopeteros y ballesteros que íbamos en aquella entrada; y no se pudo hacer hasta entonces, por causa que algunos de nuestra villa y otros forasteros aun no se habían recogido, que andaban en los pueblos de la sierra de Chalupa demandando el tributo que les eran obligados á dar; y con el favor de venir capitán con la gente de guerra, como veníamos, se atrevían á ir á ellos, que de antes ni daban tributo ni se les daba nada de nosotros. Volvamos á nuestro alarde, que se hallaron veinte y siete de á caballo que podían pelear, y otros cinco que no eran para ello, y quince ballesteros y ocho escopeteros, y un tiro y pólvora, y un soldado por artillero, que decía el mismo soldado que había estado en Italia; esto digo aquí porque no era para cosa ninguna, que era muy cobarde; y llevábamos sesenta soldados de espada y rodela y obra de ochenta mejicanos, y el cacique de Cachula con otros principales suyos; y estos indios de Cachula que he dicho, iban temblando de miedo, y por halagos los llevamos que nos ayudasen á abrir camino y llevar el fardaje. Pues yendo nuestro camino en concierto, ya que llegamos cerca de sus poblaciones, siempre íbamos adelante por espías y descubridores del campo cuatro soldados muy sueltos, é yo era uno dellos, é dejaba mi caballo, que no era tierra por donde podían correr, é íbamos siempre media legua adelante de nuestro ejército; y como los chiapanecas son grandes cazadores, andaban entonces á caza de venados, y desque nos sintieron, apellidanse todos con grandes alumnadas, y como llegamos á sus poblaciones, tenían muy anchos caminos y grande sementera de maíz é otras legumbres, y el primer pueblo que topamos se dice Estapa, que está de la cabecera obra de cuatro leguas, y en aquel instante le habían despoblado, y tenían mucho maíz é gallinas y otros bastimentos, que tuvimos bien que comer y cenar; y estando reposando en el pueblo, puesto que teníamos puestas nuestras velas y escuchas y corredores del campo, vienen dos de á caballo que estaban por corredores á dar mandado y diciendo: «¡Alarma, que

HA-II.

vienen muchos guerreros chiapanecas!» Y nosotros, que siempre estábamos muy apercebidos, les salimos al encuentro antes que llegasen al pueblo, y tuvimos una gran batalla con ellos, porque traían muchas varas tostadas, con sus tiraderas y arcos y flechas, y lanzas mayores que las nuestras, con buenas armas de algodón y penachos, y otros traían unas porras como macanas; y allí donde hubimos esta batalla había mucha piedra, y con hondas nos hacían mucho daño, y nos comenzaron á cercar de arte, que de la primera rociada mataron dos de nuestros soldados y cuatro caballos, y le hirieron á fray Juan y trece soldados y á muchos de nuestros amigos, y al capitán Luis Marin le dieron dos heridas, y estuvimos en aquella batalla toda la tarde hasta que anocheció; y como hacia oscuro, y habían sentido el cortar de nuestras espadas y escopetas y ballestas, y las lanzadas, se retiraron, de lo cual nos holgamos, y hallamos quince dellos muertos y otros muchos heridos, que no se pudieron ir, y de dos dellos que nos parecían principales se tomó aviso, y dijeron que estaba todá la tierra apercebida para dar en nosotros otro día; y aquella noche enterramos los muertos y curamos los heridos y al capitán, que estaba malo de las heridas, porque se había desangrado mucho, que por causa de no se apartar de la batalla para se las curar ó apretar se le había metido frio en ellas. Pues ya hecho esto, pusimos buenas velas y escuchas y corredores del campo, y teníamos los caballos ensillados y enfrénados, y todos nuestros soldados á punto, porque tuvimos por cierto que venían de noche sobre nosotros, é como habíamos visto el tesson que tuvieron en la batalla pasada, que ni por ballestas ni lanzas ni escopetas ni aun estocadas nos podíamos retraer ni apartar un paso atrás, tuvimos por buenos guerreros y osados en el pelear; y esa noche se dió orden cómo para otro día los de á caballo habíamos de arremeter de cinco en cinco hermanados, y las lanzas terciadas, y no pararnos á dar lanzadas hasta ponerlos en huida, sino las lanzas altas y por las caras, y atropellar y pasar adelante; y este concierto ya otras veces lo había dicho el Luis Marin, y aun algunos de nosotros de los conquistadores viejos se lo habíamos dado por aviso á los nuevamente venidos de Castilla, y algunos dellos no curaron de guardar la orden, sino que pensaban que en dar una lanzada á los contrarios que hacían algo; y salió á cuatro dellos al revés, porque les tomaron las lanzas y les hirieron á ellos los caballos con ellas. Quiero decir que se juntaban seis ó siete de los contrarios y se abrazaban con los caballos, creyendo de los tomar á manos, y aun derrocaron á un soldado del caballo, y si no le socorriéramos, ya le llevaban á sacrificar, y dende ahí á dos dias se murió. Volvamos á nuestra relación, y es, que otro día de mañana acordamos de ir por nuestro camino para su ciudad de Chiapa, y verdaderamente se podía decir ciudad, y bien poblada, y las casas y calles muy en concierto, y de mas de cuatro mil vecinos, sin otros muchos pueblos sujetos á ella, que estaban poblados á su rededor; é yendo que íbamos con mucho concierto, y el tiro puesto en orden, y el artillero bien apercebido de lo que había de hacer, y no habíamos caminado cuarto de legua, cuando nos encontramos con todo el poder de Chiapa, que campos y

cuestas venian llenos dellos, con grandes penachos y buenas armas é grandes lanzas, flecha y vara con tiraderas, piedra y hondas, con grandes voces é grita y silbos. Era cosa de espantar cómo se juntaron con nosotros pié con pié y comenzaron á pelear como rabiosos leones; y nuestro negro artillero que llevábamos (que bien negro se podrá llamar), cortado de miedo y temblando, ni supo tirar ni poner fuego al tiro; é ya que á poder de voces que le dábamos pegó fuego, hirió á tres de nuestros soldados, que no aprovechó cosa ninguna; y como el capitán vió de la manera que andábamos, rompimos todos los de á caballo puestos en cuadrillas, según lo habíamos concertado, y los escopeteros y ballesteros y de espada y rodela hechos un cuerpo, porque no les desbaratasen, nos ayudaron muy bien; mas eran tantos los contrarios que sobre nosotros vinieron, que sino fuéramos de los que en aquellas batallas nos hallamos cursados á otras afrentas, pusiera á otros gran temor, y aun nosotros nos admiramos de ver cuán fuertes estaban; y fray Juan nos daba ánimo, y decía que Dios nos había de pagar nuestro trabajo, y el César. El capitán Luis Marin nos dijo: «Ea, señores, Santiago y á ellos, y tornémosles otra vez á romper con ánimo.» Esforzados, dímosles tal mano, que á poco rato iban vueltas las espaldas; y cómo había allí donde fué esta batalla muy malos pedregales para poder correr caballos, no les podíamos seguir; é yendo en el alcance, y no muy léjos de donde comenzamos aquella batalla, ya que íbamos algo descuidados, creyendo que por aquel día no se tornarían á juntar, é dábamos gracias á Dios del buen suceso, aquí estaban tras unos cerros otros mayores escuadrones de guerreros que los pasados, con todas sus armas, y muchos dellos traían sogas para echar lazos á los caballos y asir de las sogas para los derrocar, y tenían tendidas en otras muchas partes muchas redes con que suelen tomar venados, para los caballos, y para atar á nosotros muchas sogas; y todos los escuadrones que he dicho se vienen á encontrar con nosotros, é como muy fuertes y recios guerreros, nos dan tal mano de flecha, vara y piedra, que tornaron á herir casi que todos los nuestros, y tomaron cuatro lanzas á los de á caballo, y mataron dos soldados y cinco caballos; y entonces traían en medio de sus escuadrones una india algo vieja, muy gorda, y según decían, aquella india la tenían por su diosa y adivinaba, y les había dicho que así como ella llegase adonde estábamos peleando, que luego habíamos de ser vencidos; y traían en un brasero sahumero, y unos ídolos de piedra, y venía pintada todo el cuerpo, y pegado algodón á las pinturas, y sin miedo ninguno se metió en los indios nuestros amigos, que venían hechos un cuerpo con sus capitanías, y luego fué despedazada la maldita diosa. Volvamos á nuestra batalla: que desde que el capitán Luis Marin y todos nosotros vimos tanta multitud de guerreros contrarios, y que tan osadamente peleaban, nos admiramos y dijimos, al fraile que nos encomendase á Dios; y arremetiéndolo á ellos con el concierto pasado, fuimos rompiendo poco á poco y los hicimos buir, y se escondían entre unos pedregales, y otros se echaron al río, que estaba cerca é hondo, y se fueron nadando, que son en gran manera buenos nadadores; y desde que hubimos desbaratado, descansamos un rato;

y el fraile cantó una salve, y algunos soldados de buenas voces le ayudaban, é no sonaba mal, y todos dimos muchas gracias á Dios; y hallamos muertos donde tuvimos esta batalla muchos dellos, y otros heridos, y acordamos de irnos á un pueblo que estaba junto al río, cerca de la ciudad, donde había buenas ciruelas; porque, como era cuaresma, y en este tiempo las hay maduras, y en aquella poblacion son buenas; y allí nos estuvimos todo lo mas del día enterrando los muertos en partes donde no los pudiesen ver ni hallar los naturales de aquel pueblo, y curamos los heridos y diez caballos, y acordamos de dormir allí con gran recado de velas y escuchas. A poco mas de media noche se pasaron á nuestro real diez indios principales de dos pueblezuelos que estaban poblados junto á la cabecera é ciudad de Chiapa, en cinco canoas del mismo río, que es muy grande y hondo, y venían los indios con las canoas á remo callado, y los que lo remaban eran diez indios, personas principales, naturales de los pueblezuelos que estaban junto al río; y como desembarcaron hácia la parte de nuestro real, en saltando en tierra, luego fueron presos por nuestras velas, y ellos lo tuvieron por bien que los prendiesen; y llevados ante el capitán, dijeron: «Señor, nosotros no somos chiapanecas, sino de otra provincia que se dice Xaltepeque, y estos malos chiapanecas con gran guerra que nos dieron nos mataron mucha gente, y á todos los mas de nuestros pueblos nos trajeron aquí por fuerza cautivos á poblar con nuestras mujeres é hijos, é nos han tomado cuanta hacienda tenían, y há doce años que nos tienen por esclavos, y les labramos sus sementeras y maizales, y nos hacen ir á pescar y hacer otros oficios, y nos toman nuestras hijas y mujeres. Venimos á daros aviso, porque nosotros traerémos esta noche muchas canoas en que paseis este río, que sin ellas no podeis pasar sino con gran trabajo, y también os mostraremos un vado, aunque no va muy bajo; y lo que, señor capitán, os pedimos de merced es, que pues os hacemos esta buena obra, que cuando hayais vencido y desbaratado estos chiapanecas, que nos deis licencia para que salgamos de su poder é irnos á nuestras tierras; y para que mejor creais lo que os decimos que es verdad, en las canoas que ahora pasamos dejamos escondidas en el río, con otros nuestros compañeros y hermanos, y os traemos presentadas tres joyas de oro, que eran unas como diademas; y también traemos gallinas y ciruelas;» y demandaron licencia para ir por ello, y dijeron que había de ser muy callado, no los sintiesen los chiapanecas, que están velando y guardando los pasos del río; y cuando el capitán entendió lo que los indios le dijeron, y la gran ayuda que era pasar aquel recio y corriente río, dió gracias á Dios y mostró buena voluntad á los mensajeros, y prometió de hacerlo como lo pedían, y aun de dallas ropa y despojos de lo que hubiésemos de aquella ciudad; y se informó dellos cómo en las dos batallas pasadas les habíamos muerto y herido mas de ciento veinte chiapanecas, y que tenían aparejados para otro día otros muchos guerreros, y que á los de los pueblezuelos donde eran estos mensajeros les hacían salir á pelear contra nosotros; y que no temiésemos dellos, que antes nos ayudarían, y que al pasar del río nos habían de aguardar, porque tenían por impo-

sible que terniamos atrevimiento de pasalle; y que cuando lo estuviésemos pasando, que allí nos desbaratarían; y dado este aviso, se quedaron dos de aquellos indios con nosotros, y los demás fueron á sus pueblos á dar órden para que muy de mañana trujesen veinte canoas, en lo cual cumplieron muy bien su palabra; y después que se fueron reposamos algo de lo que quedó de la noche, y no sin mucho recado de velas y escuchas y rondas, porque oímos el gran rumor de los guerreros que se juntaban en la ribera del río, y el tañer de las trompetillas y atambores y cornetas; y como amaneció, vimos las canoas, que ya descubiertamente las traían, á pesar de los de Chiapa; porque, según pareció, ya habían sentido los de Chiapa cómo los naturales de aquellos pueblezuelos se les habían levantado y hecho fuertes y eran de nuestra parte, y habían prendido algunos dellos, y los demás se habían hecho fuertes en un gran cu, y á esta causa había revueltas y guerra entre los chiapanecas y los pueblezuelos que dicho tengo; y luego nos fueron á mostrar el vado, y entonces nos daban mucha priesa aquellos amigos que pasásemos presto el río, con temor no sacrificasen á sus compañeros que habían prendido aquella noche; pues de que llegamos al vado que nos mostraron, iba muy hondo; y puestos todos en gran concierto, así los ballesteros como escopeteros y los de caballo, y los indios de los pueblezuelos nuestros amigos con sus canoas, y aunque nos daba el agua cerca de los pechos, todos hechos un tropel, para soportar el ímpetu y fuerza del agua, quiso Dios que pasamos cerca de la otra parte de tierra; y antes de acabar de pasar, vienen contra nosotros muchos guerreros y nos dan una buena rociada de vara con tiraderas, y flechas y piedra y otras grandes lanzas, que nos hirieron casi que á todos los mas, y á algunos á dos y á tres heridas, y mataron dos caballos; y un soldado de á caballo, que se decía Fulano Guerrero ó Guerra, se ahogó al pasar del río, que se metió con el caballo en un recio raudal, y era natural de Toledo, y el caballo salió á tierra sin el amo. Volvamos á nuestra pelea, que nos detuvieron un buen rato al pasar del río, que no les podíamos hacer retraer ni nosotros podíamos llegar á tierra, y en aquel instante los de los pueblezuelos que se habían hecho fuertes contra los chiapanecas, nos vinieron á ayudar en las espaldas, é á los que estaban al río batallando con nosotros hirieron y mataron muchos dellos, porque les tenían grande enemistad, como los habían tenido presos muchos años; y como aquello vimos, salimos á tierra los de á caballo, y luego ballesteros, escopeteros y de espada y rodela, y los amigos mejicanos, y dámosles una tan buena mano, que se van huyendo, que no paró indio con indio; y luego sin mas tardar, puestos en buen concierto, con nuestras banderas tendidas, y muchos indios de los dos pueblezuelos con nosotros, entramos en su ciudad; y como llegamos á lo mas poblado, donde estaban sus grandes cues y adoratorios, tenían las casas tan juntas, que no osamos asentar real, sino en el campo, y en parte que aunque pusiesen fuego no nos pudiesen hacer daño; y nuestro capitán envió á llamar de paz á los caciques y capitanes de aquel pueblo, y fueron los mensajeros tres indios de los pueblezuelos nuestros amigos, que el uno de ellos se decía Xaltepeque, y asimismo envió con ellos seis

capitanes chiapanecas que habíamos preso en las batallas pasadas, y les envió á decir que vengan luego de paz, y se les perdonará lo pasado, y que si no vienen, que los irémos á buscar y les daremos mayor guerra que la pasada y les quemaremos su ciudad; y con aquellas bravosas palabras luego á la hora vinieron, y aun trajeron un presente de oro, y se disculparon por haber salido de guerra, y dieron la obediencia á su majestad, y rogaron á Luis Marin que no consintiese á nuestros amigos que quemasen ninguna casa, porque ya habían quemado antes de entrar en Chiapa, en un pueblezuelo que estaba poblado antes de llegar al río, muchas casas; y Luis Marin les prometió que así lo haría, y mandó á los mejicanos que traíamos y á los de Caclula que no hiciesen mal ni daño. Quiero tornar á decir que este Caclula que aquí nombro no es la que está cerca de Méjico, sino un pueblo que se dice como él, que está en las sierras camino de Chiapa, por donde pasamos. Dejemos esto, y dígoos cómo en aquella ciudad hallamos tres cárceles de redes de madera llenas de prisioneros atados con collares á los pescuezos, y estos eran de los que prendían por los caminos, é algunos dellos eran de Guantepeque, y otros zapotecas é otros quilenes, otros de Soconusco; los cuales prisioneros sacamos de las cárceles é se fué cada uno á su tierra. También hallamos en los cues muy malas figuras de ídolos que adoraban, é todos los quebró fray Juan, é muchos indios é muchachos sacrificados, y hallamos muchas cosas malas de sodomías que usaban; y mandóles el capitán que luego fuesen á llamar todos los pueblos comarcanos que vengan de paz á dar la obediencia á su majestad. Los primeros que vinieron fueron los de Cinacatan y Gopanaustlan, é Pinola é Guequitzlan é Chamula, é otros pueblos que ya no se me acuerda los nombres dellos, quiniles, y otros pueblos que eran de la lengua zoque, y todos dieron la obediencia á su majestad, y aun estaban espantados cómo, tan pocos como éramos, podíamos vencer á los chiapanecas; y ciertamente mostraron todos gran contento, porque estaban mal con ellos. Estuvimos en aquella ciudad cinco días, é dijo fray Juan misa é confesaron algunos soldados, é predicó á los indios en su lengua, que la sabía bien, y los indios holgaron de oírle y adoraron la santa cruz, é decían que se habían de bautizar, y que parecíamos muy buena gente, y tomaron amor al fraile fray Juan. Y en aquel instante un soldado de aquellos que traíamos en nuestro ejército desmandóse del real, y váse sin licencia del capitán á un pueblo que había venido de paz, que ya he dicho que se dice Chamula, y llevó consigo ocho indios mejicanos de los nuestros, y demandó á los de Chamula que le diesen oro, y decía que lo mandaba el capitán, é los de aquel pueblo le dieron unas joyas de oro, y porque no le daban mas, echó preso al cacique; y cuando vieron los del pueblo hacer aquella demasia, quisieron matar al atrevido y desconsiderado soldado, y luego se alzaron, y no solamente ellos, pero también hicieron alzar á los de otro pueblo que se decía Gueyhuiztlan, sus vecinos; y de que aquello alcanzó á saber el capitán Luis Marin, prende al soldado, y luego manda que por la posta le llevasen á Méjico para que Cortés le castigase; y esto hizo el Luis Marin porque era un hombre el sol-